

– *En la segunda mitad de este siglo, sobre todo, España ha cambiado radicalmente su fisonomía. ¿Cómo evalúa este cambio, usted, que escribió un libro titulado España como problema? ¿Seguiría planteando así la realidad de este país?*

– Sí, sí, sin duda España ha cambiado radicalmente, en términos que una persona de mi edad, incluso más joven, consideraría imposibles. Por ejemplo, que España tenga hoy una de las tasas de natalidad más bajas del mundo. Si hace 25 años nos hubiesen dicho que eso iba a suceder, no lo habríamos creído.

En cuanto a si es posible plantearse hoy España como problema, diría que para los que aspiramos a pensar más allá de la superficie de las cosas, sí. Yo he dicho y escrito que España ha tenido a lo largo del siglo XIX, cuando se constituyó según su realidad actual, tres problemas: uno ideológico, la convivencia entre quienes profesan creencias diferentes; otro socioeconómico, las grandes diferencias entre ricos y pobres; y el tercero, que enlaza con los otros, la diversidad interna, básicamente, las distintas nacionalidades.

Si analizamos ahora, al terminar el siglo XX, cuál es el estado de esos problemas, constataremos que los dos primeros no se han resuelto enteramente, pero se han dado pasos muy importantes hacia su superación. En la España de hoy nadie piensa en matarse por una idea religiosa o antirreligiosa; eso ya está sobrepasado. Las diferencias entre ricos y pobres subsisten, lógicamente, pero no tienen, de ningún modo, la magnitud abismal típica del pasado, y además se registran avances muy considerables en el campo económico-social, como que los sindicatos y el gobierno se sienten a la misma mesa para discutir la solución de un problema concreto. El problema de la diversidad interna la Constitución lo ha visto y le ha puesto nombre a su solución: Estado de las autonomías. España es una y diversa; que es diversa es una realidad que sería estúpido desconocer, pero en cuanto a que es una, aquí viene el problema: ¿En qué consiste esa unidad de España? Eso no está resuelto.

– *Usted ha sido director de la Real Academia Española. ¿Cómo ve el desarrollo de la lengua castellana en este siglo?*

– Encuentro aspectos muy positivos, muy favorables. Si uno piensa en la prosa de los autores de artículos publicados por la prensa diaria, comprueba que se ha producido un cierto progreso en el nivel medio del cultivo de la lengua por parte de esos profesionales. Pero la cosa cambia cuando se examina la lengua empleada por parte de todos, incluidos esos profesiona-

les, en la vida cotidiana: en este caso el descuido es alarmante. Existen estilistas en el sentido estricto de la palabra, como Cela o Umbral, pero ellos mismos, a veces, escriben en ciertos medios textos que para mí, por lo menos, no son de recibo. Creo que una de las razones del descuido tan grande que se observa en España radica en una cierta concepción de que preocuparse por el idioma que se emplea trasunta una falta de hombría, por así decirlo, y entonces hay que usar tacos y palabras malsonantes porque parece que así se es más «viril».

Tengo la sensación de que en algunos países americanos, como Colombia o Argentina, se tiene más conciencia lingüística y mayor preocupación por el idioma que se habla y escribe. No en vano cuentan con tan grandes escritores. Borges, por ejemplo, es un escritor inmenso. Pero no soy pesimista, en absoluto, acerca del futuro de nuestro idioma. En primer lugar, por el hecho histórico-social de la expansión del área de los hispanohablantes, y en segundo, porque tanto los escritores de América como los de España tienen conciencia de que hay buen y mal castellano, y procuran desechar, en la medida de sus posibilidades, este último.

– *«Muerte de Dios» y «Fin de la Historia» son algunos de los lemas que pretenden definir esta época. ¿Qué piensa al respecto?*

– Pienso que son dos enormes falsedades. Se habla de la muerte de Dios, pero Dios ahí está; creeremos o no en él, pero aun no creyendo contamos con su existencia. «Dios ha muerto» es la tesis de Nietzsche, pero me parece que el mundo no la confirma, y la prueba es que el propagandista de este supremo hallazgo es uno que va temeroso a las iglesias. Lo del Fin de la Historia es una necedad más o menos ingeniosa. El hombre nació histórico; el *homo habilis*, hace tres millones de años, era histórico, y desde entonces viene desarrollándose la especie hasta tal extremo que Ortega, Dilthey y otros dicen que el hombre no tiene naturaleza sino historia. Discrepo: el hombre tiene naturaleza, pero esta naturaleza es intrínsecamente histórica.

Volviendo al tema de la muerte de Dios, creo que lo que ha cambiado de manera extraordinaria es la vigencia social de la idea de Dios; la conciencia de la autonomía del hombre respecto de su propia vida y de las decisiones que toma ha crecido enormemente. Lo que hay a menudo no es muerte, sino ocultamiento de Dios.

– *¿Qué ha pasado con el cristianismo, o, más restringidamente, con el catolicismo en el siglo XX?*

– Que no ha resuelto los problemas que el hombre, históricamente, ha vivido desde que el cristianismo surgió. No los ha resuelto de manera íntegra y satisfactoria. El cristianismo no tiene por qué adscribirse a ninguna doctrina particular de carácter filosófico o científico: lo que tiene que hacer es examinar de qué manera éstas son conciliables con lo que, como cristiano, creo, y eso no lo ha hecho. Inicialmente lo hizo, al incorporar la filosofía griega; también incorporó, y ahí está el Código Canónico como muestra, el derecho romano; pero la tercera gran novedad en la historia de Occidente ha sido la ciencia, el pensamiento racional y el atenuamiento del hombre a las consecuencias de ese pensamiento, por lo tanto, el descubrimiento de la autonomía del ser humano como tal; eso el cristianismo no lo ha digerido. Algunos de los movimientos que se dan dentro de la propia Iglesia no se explicarían sin tener en cuenta la no digestión de este hecho. El cristianismo ha olvidado o ha querido desconocer que en el *Libro de Job* aparece la independencia del hombre respecto de todo lo que no sea las decisiones personales acerca de su propia vida. La diferencia radica en eso, en que un israelita como es Job le dice a Dios: «¿Por qué padezco esto?» Se trata de la inquietud por el problema del mal en la Historia, del dolor y de la muerte. Dentro del cristianismo hay hoy personas que se lo plantean: ahora bien, pienso que no es posible resolverlo racionalmente. La resolución es creída o no, es decir, nos metemos en el dominio de la creencia.

– *¿Cuál cree que ha sido el cambio más notable que aportó el siglo XX en el terreno de la vida cotidiana, en lo social, en las costumbres?*

– Uno de los rasgos básicos del cambio de la vida a lo largo de este siglo, no el único pero quizás el más esencial, es algo a lo que me referí antes y que se había iniciado con el mundo moderno: el crecimiento realmente fabuloso, en ocasiones incluso desmesurado, de la conciencia del derecho del hombre a decidir su propia vida en todos los aspectos.

– *¿Deja alguna enseñanza fundamental el siglo que ahora acaba, si es que deja alguna?*

– Creo que deja dos grandes satisfacciones con respecto a la condición humana: una, lo que consigue; la otra, lo que no consigue.

